

Introducción

En este número publicamos los textos presentados en el Seminario *Cuba, 170 años de presencia en Estados Unidos*, que tuvo lugar los días 4, 5 y 6 de noviembre de 1999 en el *King Juan Carlos Center* de la Universidad de Nueva York, organizado por nuestra revista con la colaboración del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe de dicha Universidad, el auspicio de la Fundación Ford y el apoyo del Instituto Cervantes.

El seminario fue inaugurado por el politólogo Jorge Castañeda, profesor de las Universidades de Nueva York y México. Asistieron también el diplomático Inocencio Arias, Embajador de España ante la Organización de Naciones Unidas; el musicólogo Theodore Beardsley, Presidente de *The Hispanic Society*; el historiador Jean Meyer, del Centro de Investigación y Docencia Económica de México; Cristina Eguizábal, de la Fundación Ford; Carmen Díaz, del CLACS de la Universidad de Nueva York; María Lozano, Directora del Instituto Cervantes de Nueva York; y Víctor Batista, Director de la Editorial Colibrí.

Hubo debates con un público numeroso y activo, y además pintura, teatro, cine y música. En efecto, uno de los participantes fue el pintor Luis Cruz Azaceta, autor de las imágenes de la invitación-programa-poster del evento y también del ensayo gráfico de este número, donde le dedicamos la sección Homenaje. Además, la primera noche del seminario los participantes pudieron asistir a la representación de la obra *Casa propia*, de Dolores Prida; la segunda a la proyección del filme *Si me comprendieras*, de Rolando Díaz; y la tercera y última a un concierto extraordinario ofrecido por Paquito D'Rivera.

Con la celebración del seminario y la publicación de este número, *Encuentro de la cultura cubana* quiere llamar la atención sobre dos aspectos capitales de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. El del espacio que a lo largo de casi dos siglos nuestros compatriotas han encontrado en aquel país para crear en los terrenos de la cultura, el deporte, la política, el trabajo y la empresa, y el de la influencia recíproca, mutuamente beneficiosa, que tan prolongado contacto ha supuesto para las culturas cubana y norteamericana.

El gobierno de La Habana simplifica sistemática y groseramente la imagen de Estados Unidos presentándolo como «el enemigo» en términos absolutos. Pero los textos incluidos en este número prueban que la realidad de aquella nación es muchísimo más compleja, y que a lo largo de casi dos siglos de historia esa complejidad nos ha otorgado a los cubanos, por sobre las ficciones, tensiones y contradicciones que han existido y existen entre los dos países, la paradójica posibilidad de encontrar, justamente allí, en Estados Unidos,

espacios de libertad política y económica que a veces no tuvimos en el pasado ni tampoco tenemos hoy en nuestra propia patria.

No es posible imaginar a Cuba sin *El Habanero*, de Félix Varela; sin *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde; y sin *Patria*, de José Martí; todos ellos elaborados e impresos en Estados Unidos. No es posible tampoco entender a nuestro país sin tener en cuenta los aportes de figuras como Lydia Cabrera, Lino Novás Calvo o Julián Orbón, cuyos restos descansan en tierra norteamericana. Y sólo un futuro de paz y democracia nos permitirá aquilatar en toda su riqueza la significación extraordinaria que tienen y tendrán para nosotros los aportes realizados por las decenas y decenas de profesores e investigadores cubanos, hombres y mujeres, que trabajan en las principales universidades de esta nación.

Son sólo algunos ejemplos de un tema virtualmente inagotable, que desde luego no pretendemos dar por cerrado con este esfuerzo, y que tiene otra de sus manifestaciones más significativas en el plano de la cultura popular. Los cubanos no optamos por los toros ni por el fútbol como deporte nacional; escogimos el béisbol, un juego que operó en los albores de nuestra nacionalidad como símbolo de independencia, elegancia y modernidad y que ningún avatar político ha podido borrar de nuestra preferencia.

La música popular cubana, sin duda alguna nuestro mayor aporte al mundo en el terreno de la cultura, causó un enorme impacto y tuvo una grande y duradera influencia en la corriente principal de la música en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX, y a su vez, inevitable y venturosamente, fue influida por la música popular norteamericana. Se produjo así un diálogo libre, formidable y mutuamente enriquecedor que muy bien pudiera servir de ejemplo para la inevitable normalización de las relaciones entre ambos países en el futuro.